

DA SÍNTESE DIALÉTICA À ORDEM PARADOXAL: A TERCEIRIDADE COMO CAMPO ANALÍTICO NA CLÍNICA CONTEMPORÂNEA

DE LA SÍNTESIS DIALÉCTICA AL ORDEN
PARADÓJICO: LA TERCERIDAD COMO
CAMPO ANALÍTICO EN LA CLÍNICA
CONTEMPORÁNEA

FROM DIALECTICAL SYNTHESIS TO
PARADOXICAL ORDER: THIRDNESS AS AN
ANALYTICAL FIELD IN CONTEMPORARY
CLINICS

Camila Braz Padrão
Círculo Psicanalítico do Rio de Janeiro
ORCID 0009-0009-9624-9903
Correio eletrônico: cpadrao.psi@gmail.com

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Braz Padrão C. (2023) DA SÍNTESE DIALÉTICA À ORDEM PARADOXAL:
A TERCEIRIDADE COMO CAMPO ANALÍTICO NA CLÍNICA CONTEMPORÂNEA
Intercambio Psicoanalítico 14 (2), DOI:doi.org/10.60139/InterPsic/14.2. 3/
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

DE LA SÍNTESIS DIALÉCTICA AL ORDEN PARADÓJICO: **LA TERCERIDAD COMO CAMPO ANALÍTICO EN LA CLÍNICA CONTEMPORÁNEA¹**

¹ Todas las citas del presente artículo han sido traducidas por nosotros del portugués.

Camila Braz Padão²

²Psicóloga, psicoanalista, Máster en psicología clínica (PUC-Rio), miembro del Foro de psicoanálisis del CPRJ.

Las investigaciones actuales en el campo psicoanalítico tienen como punto de partida la experiencia clínica contemporánea en la cual el psicoanalista se enfrenta a tipos de sufrimiento específicos, como psicósomáticos, trastornos alimentarios, adicciones, síndromes de pánico, cuadros depresivos y ansiosos. Aunque presenten diferencias entre sí, tales cuadros a menudo se han abordado de manera aproximada y se inscriben bajo expresiones como “estados límite” (Green, 1990) y “sufrimientos narcisistas-identitarios” (Roussillon, 1999), entre otras. Estas configuraciones subjetivas evidencian un distanciamiento considerable con respecto a la nosografía identificada por Freud. Son pacientes cuyos síntomas no están circunscritos al modelo teórico-clínico clásico del psicoanálisis freudiano, que se basa en las psico-neurosis, lo que pone de manifiesto la necesidad de nuevos modelos de referencia, ya que denuncian la insuficiencia del modelo freudiano, tanto para su comprensión teórica como para su manejo clínico.

Los pacientes contemporáneos se presentan de manera muy diferente a los pacientes clásicos de Freud: experimentan un sentimiento de vacío, traen quejas difusas, se presentan en silencio, utilizan predominantemente la escisión como defensa en lugar de la represión, y constantemente presentan síntomas corporales y actos impulsivos. Su dinámica psíquica no se basa en un conflicto psíquico centrado en el Complejo de Edipo y en su angustia de castración correlativa. Todo esto nos lleva a considerables limitaciones en el uso de la asociación libre y en el campo de la simbolización.

La clínica de los llamados “casos difíciles” lleva al analista a alejarse de la dimensión del conflicto psíquico descrito por Freud en las neurosis y a promover una comprensión expandida, no centrada en el dualismo freudiano ni en la idea de conflicto, sino en la concepción de un campo de fuerzas: un espacio compartido en la experiencia clínica que va más allá del campo transferencial concebido por Freud, del análisis de lo intrapsíquico y de la simple revelación de contenidos inconscientes. Su dinámica psíquica parece estar más relacionada con experiencias traumáticas vividas en un período anterior y más temprano, en el cual la capacidad de simbolización existe solo de manera incipiente. Por lo tanto, se trata de problemáticas narcisistas, cuya angustia correspondiente se refiere a la intrusión/abandono del objeto, lo que Green (1990) denomina “angustia de separación/intrusión”.

Estos pacientes parecen tener como origen de su sufrimiento algo temprano que apunta a sus relaciones primarias de objeto y a la forma en que tales experiencias intersubjetivas forjaron su constitución subjetiva y narcisista. Todo este contexto ya muestra un desplazamiento de la problemática de la neurosis, basada en la idea del conflicto psíquico frente a un deseo que encuentra una prohibición, hacia una cuestión más elemental que versa más sobre el existir y menos sobre el desear, ya que le precede.

Un autor que contribuye mucho al manejo clínico y la comprensión teórica de estos casos es Roussillon. El autor aclara que, en estas problemáticas clínicas, el sujeto está amenazado en su sentimiento identitario, ya que lo que está en juego es la constitución narcisista. Describe, entonces, que se trata de una "clínica de las patologías del ser", que apunta a dificultades tempranas, anteriores al Complejo de Edipo, diferenciándose, por lo tanto, de la clínica de las neurosis, la clínica del objeto perdido, y constituyendo una clínica de la no neurosis, la clínica del sujeto perdido, en la que los aspectos narcisistas, relacionados con la integración y la identidad, se ven cuestionados. Aunque esta clínica apunte a un tiempo primario, anterior a las relaciones de objeto propiamente dichas, el estatus del objeto no solo se hace presente en este contexto, sino que se presenta como determinante en el proceso de constitución psíquica. Por un lado, la clínica de las neurosis apunta al objeto, a través de la lógica edípica, constituyendo así una clínica de las relaciones objetales; por otro lado, lo que interesaba a Freud en ese momento se refería principalmente a sus efectos intrapsíquicos. Paradójicamente, la clínica contemporánea se considera una clínica de las relaciones pre-objetales/primarias, es decir, referida a un tiempo anterior al reconocimiento de sí mismo como sujeto y del objeto como tal. Sin embargo, el estatus del objeto es fundamental para su comprensión, ya que la problemática narcisista se encuentra precisamente en el límite entre el yo y el no-yo, que se constituye a partir de las relaciones primarias ofrecidas por el objeto. A este respecto, Roussillon (2013, p.68) afirma que "en todas las patologías del narcisismo encontramos una doble amenaza en el encuentro con el objeto: si están muy cerca, son intrusivos, si están muy lejos, están abandonando" y se refiere a esto a través de la expresión "problemática de la presencia" en la base de la constitución narcisista. Más que administrar las idas y venidas del objeto, el niño tiene la doble y paradójica tarea de identificarse con él y diferenciarse de él, lo que se manifiesta como un juego constante de presencia-ausencia, promoviendo la internalización del otro como parte de sí mismo y, gradualmente, como objeto interno. Esta operación psíquica compleja y gradual depende sin duda de la calidad del objeto y de la dinámica de presencia-ausencia que este puede ofrecer al sujeto en constitución.

Esta problemática se evidencia en la clínica contemporánea de los “casos difíciles” y se actualiza en el entorno analítico y en la relación transferencial, tomada con la especificidad propia de la clínica contemporánea, denominada como paradójica, según Roussillon (2013), y, por lo tanto, no puede concebirse de la misma manera que lo hacía el psicoanálisis clásico. Según el autor, el primer desafío del analista ante estos casos es trabajar la paradójica angustia de invasión/abandono y la doble amenaza que se presenta en el encuentro del sujeto con el objeto: la de ser invadido y la de ser abandonado. El analista debería trabajar para hacer ausente a un objeto acosador que no deja ningún espacio psíquico no invadido para que el sujeto lo apropie, pero sin dejar que caiga en la angustia de soledad y abandono radical, ya que siempre que un objeto intrusivo se retira, ya sea desde el exterior o incluso desde su lugar de objeto interno, lo que queda es un espacio que, a pesar de estar vacío, el sujeto no puede habitar ni integrar. El autor, entonces, trae a la escena transferencial la problemática de la presencia/ausencia propia de los tiempos tempranos. Así, el analista se convierte en otro y busca establecer con el paciente una relación objetal positiva, es decir, una relación de no abandono, pero también de no intrusión o identificación masiva, buscando, de esta manera, no reproducir en la situación analítica el lugar del objeto que a veces invade y a veces abandona. Ahí radica toda la dificultad de la técnica, ya que, según el autor, “toda interpretación es intrusiva y toda falta de interpretación es abandonante” (2013, p.68), lo que nos lleva a una aparente encrucijada analítica sin salida. Inferimos que la solución a este dilema sea replantear el estatuto de la interpretación en el análisis y utilizar otros medios de presencia no intrusiva en la escena analítica. Sin embargo, para lograr este propósito, como propone Roussillon (2013), es necesario recurrir a las contribuciones de autores posfreudianos y sus formulaciones. Estos autores han establecido nuevas técnicas para abordar estos casos, lo que incluye una nueva posición del analista, una nueva concepción y uso de la transferencia y nuevos modos de intervención, es decir, una nueva clínica para un nuevo sujeto.

En este punto, pedimos permiso para una digresión indispensable. Nos centraremos durante un tiempo en las contribuciones de lo que consideramos el precursor del psicoanálisis contemporáneo: Sándor Ferenczi. Considerado el ‘enfant terrible’ del psicoanálisis, Ferenczi fue uno de los interlocutores más importantes de Freud y contribuyó enormemente al desarrollo del psicoanálisis. Inquieto y cuestionador, Ferenczi promovió innovaciones clínicas contundentes e irrevocables, inaugurando una nueva forma de práctica psicoanalítica y promoviendo una elasticidad de la técnica psicoanalítica clásica, que ya se mostraba insuficiente en su época, especialmente en la clínica de los “pacientes difíciles”, término que se refería precisamente a aquellos

casos que no encajaban en el ámbito de las psiconeurosis. Dada la naturaleza necesaria de la mutualidad entre la teoría y la clínica que siempre se ha manifestado en su experiencia y que constituye inexorablemente su obra, aquí nos basaremos en algunas técnicas y conceptos específicos de Ferenczi, considerado el analista de la experimentación, debido a su carácter obstinado en la investigación teórica y clínica, su audacia cuestionadora y su capacidad innovadora y creativa. Los aspectos que hemos elegido destacar aquí se refieren, sobre todo, a las innovaciones propuestas por el autor que abordaron las dificultades clínicas y las limitaciones teóricas del modelo freudiano ante la clínica de los "pacientes difíciles".

Ya hemos dicho anteriormente, de manera introductoria, que la clínica contemporánea se aleja de la tesis freudiana sobre la prevalencia de la idea del conflicto psíquico, que toma la represión como defensa privilegiada. Desde sus investigaciones sobre la histeria en los primeros días del psicoanálisis, Freud identificó el síntoma histérico como el resultado de un conflicto psíquico originado por el encuentro de un deseo inconsciente con una prohibición de la moral sexual civilizada propia de la era victoriana. Todo este conjunto de ideas proporciona la base para su teoría de las psiconeurosis, que incluye la génesis del Ego y el superego (Freud, 1923). Este último surgiría de la disolución del Complejo de Edipo, que está relacionado con la represión como mecanismo de defensa. En el caso del ego, la prohibición de los impulsos eróticos por parte de las figuras parentales, establecida por la moral, lleva a que el niño, con el fin de no perder las inversiones objetales y preservar su objeto de amor, se identifique con él. Estas identificaciones primarias inician la diferenciación de su ego a partir del ello, una instancia primordial e indiferenciada de la que parten todas las catexias pulsionales. El pensamiento freudiano se basa en el dualismo, es decir, en un conflicto inicial entre dos fuerzas antagónicas que resulta en un síntoma como formación de compromiso, a través de la represión como mecanismo de defensa. En este sentido, podemos observar que el dualismo freudiano naturalmente implica una concepción dialéctica, ya que asume la idea de que una tesis encuentra una antítesis y que este conflicto culmina en una síntesis, representada aquí por el síntoma como formación de compromiso. Pensar en la dialéctica como fundamento filosófico del dualismo freudiano también tiene sentido si consideramos los esfuerzos de Freud desde el principio de su teorización para establecer el psicoanálisis como un campo de conocimiento científico, basado en métodos y demostraciones, y arraigado en la racionalidad y la previsibilidad. A lo largo de toda su obra, Freud se dedica principalmente a dialogar con el lector para convencerlo a través de argumentos lógicos y ejemplos que respalden las bases de sus teorías. Podemos inferir que sus esfuerzos se asemejan a la lógica dialéctica de Platón, basada

en el dualismo del mundo de las ideas frente al mundo de las cosas, el uso del diálogo en la búsqueda de la verdad y la comprensión racional de lo que aparentemente carece de razón, como los ataques histéricos, que antes se interpretaban como posesiones demoníacas, por ejemplo. También se asemejan al silogismo dialéctico aristotélico, según el cual las premisas probables buscan confirmación para adquirir la científicidad necesaria que les otorga el estatus de verdad (Japiassú y Marcondes, 2008).

Pero, ¿por qué mencionar estas consideraciones sobre el pensamiento freudiano y la estructura teórica presente en su obra en este momento? Nuestro propósito aquí es diferenciarlo del pensamiento y desarrollo teórico-clínico de Ferenczi, que se adapta a lo que proponemos en este trabajo: la superación de una visión dualista o dialéctica, propia de la clínica y la metapsicología clásicas, y la consecuente adhesión a un pensamiento pluralista, más complejo y paradójico, que aborde los “nuevos casos”. En este sentido, Gondar y Canavêz (2022) nos dicen:

No nos encontramos con ninguna forma de dualismo en Ferenczi, un vestigio que aún se encuentra en el estilo freudiano, ni con ninguna alternancia del tipo “o esto o aquello”. Lo que encontramos (...) son conexiones que se suman y se entrelazan, ofreciendo múltiples formas de abordar el camino” (p.193).

Las autoras afirman que Ferenczi valora las mezclas, los intersticios y las paradojas, no adoptando una posición dualista y dialéctica, con la suposición de la idea de progreso lineal y síntesis. El pensamiento de Ferenczi se reafirma como un pensamiento de lo múltiple, de la divergencia y de la disyunción, no basado en la lógica de la contradicción y las oposiciones propias del dualismo freudiano, promoviendo una desarticulación de la oposición entre naturaleza y cultura y otras, según afirman las autoras. Así, en una consideración no dialéctica, encontramos en Ferenczi precisamente una lógica paradójica, que presenta una especie de no conclusión contradictoria, en la cual no es necesario elegir entre uno de los elementos de dicha contradicción ni llegar a un resultado único. Gondar y Canavêz (2022, p.195) afirman: “una paradoja consiste en la afirmación de dos sentidos opuestos al mismo tiempo. Ellos hacen coincidir, (...) regresión y progresión, trauma y creación, crear y destruir sin que haya un tercer término, síntesis o formación de compromiso que medie o aplaque las incompatibilidades”¹. Ahora bien, mien-

1 Varios trabajos, como el de Coelho Junior (2015), señalan la idea de un tercer término como síntesis, incluso en los primeros desarrollos del psicoanálisis. En Freud, esta noción se presenta en la idea del padre como tercero, en la triangulación del Complejo de Edipo, en conceptos como el preconscious, el síntoma y la formación de compromiso, entre otros. En Lacan, un ejemplo de esto es el Nombre del Padre. Sin embargo, todas estas nociones están relacionadas con la lógica dual y conflictiva del dualismo, en la que buscan “apaciguar incompatibilidades”, algo que estamos intentando superar, como veremos más detenidamente en breve.

tras Freud intenta construir una teoría científica con todas las limitaciones impuestas por dicho proyecto, Ferenczi no teme alejarse del estatus científico de su época y lanzarse a experimentaciones, con el fin de minimizar el sufrimiento de los pacientes difíciles, cuestionando verdades incuestionables, derribando adecuaciones y demoliendo límites clínicos y metapsicológicos. Ferenczi, por lo tanto, implementó una serie de técnicas importantes que no abordaremos en detalle en este trabajo, pero que se insertan en el contexto presentado aquí, como la experiencia de mutualidad, a partir del “sentir con”, la idea de sintonía y el análisis mutuo. De esta manera, inauguró un nuevo lugar para el analista, ahora presente en una posición más activa, menos interpretativa y neutral, y más implicada, sobre todo en el campo del afecto, es decir, afectando y siendo afectada por el paciente y participando activamente en el trabajo psíquico realizado en el análisis, que ya no es solo tarea del paciente. De este modo, teniendo a Ferenczi como precursor, diversos autores contemporáneos se enfocan en un nuevo modelo de clínica, a partir del cual buscan trazar nuevos caminos teóricos que puedan brindarle apoyo, formulando, así, nuevos conceptos para una nueva clínica, reiterando que la clínica es soberana e imperiosa, ya que es a partir de ella que se inauguran nuevas formulaciones conceptuales.

En este intento de construir fundamentos teóricos para comprender los “casos difíciles”, observamos que varias contribuciones de importantes autores de la clínica psicoanalítica apuntan hacia un tipo de campo común. Este campo se refiere a superar la idea de dualismo mencionada anteriormente. Ahora deseamos aclarar lo que se presenta como una solución teórica ante la superación propuesta aquí de la lógica dualista y de conflicto propia del psicoanálisis clásico. Se trata de la concepción de un tercero, en un sentido específico que, en nuestra opinión, no se constituye como un tercer elemento concebido como producto/síntesis de la interacción de los dos elementos que lo preceden, sino más bien como la comprensión de que este tercero tiene contornos más complejos y debe entenderse como un proceso, territorio, área o espacio. De esta manera, se convierte en un campo, lo que nos lleva a la idea de volumen y tridimensionalidad, como la creación de un lugar no localizable que abarca una serie de procesos. Es algo que, como mencionamos, escapa a la lógica dual y no se limita al conflicto entre dos fuerzas antagónicas o a la oposición dualista, tan valorada por la teoría freudiana, sino que se inscribe en una especie de orden paradójico, ya que es la afirmación de dos o más sentidos simultáneamente, que delimitan un nuevo

y complejo campo, de donde surge la idea subyacente de que “el todo es más que la suma de las partes”. Esta idea, por lo tanto, constituye una ampliación del campo analítico, que desafía la relación de linealidad/oposición entre dos elementos y no se limita a ellos, sino que los abarca, sin borrarlos ni superarlos, es decir, sin llegar a una conclusión final y resolutive, como resultado de una especie de síntesis/formación de compromiso entre partes en conflicto. Este espacio/campo abarca la complejidad que queremos destacar: algo nuevo que no pretende construir una síntesis dialéctica, sino que se convierte en un nuevo y fértil terreno donde brotan cosas nuevas y se producen nuevos vínculos, salidas creativas, formando un “espacio potencial”, aludiendo al concepto winnicottiano.²

Resulta oportuno abordar ahora cómo se presenta clínicamente la lógica de la terceridad, tal como la concebimos en este trabajo, es decir, no circunscrita a la idea de un tercer elemento que surge como síntesis del conflicto entre elementos anteriores, ni como una alternativa que busca superar un dualismo mediante la promoción de una salida resolutive. Más bien, se concibe mediante la afirmación de algo que no se limita a los elementos que la preceden, otorgándole la complejidad de un campo analítico. Desde el punto de vista clínico, en términos generales, las concepciones que nos interesan apuntan a un tercer “elemento” que se produce a partir de la interacción analista-paciente, entendida como una interacción compleja en la que están presentes los cuerpos, las mentes y los afectos de ambos. Además, abarca todo lo que se produce, observa, escucha y siente en este campo/territorio analítico, que, de esta manera, se puede considerar como una especie de campo de fuerzas: un campo de afectación.

En este contexto, la producción de este tercer elemento, es decir, el campo analítico, presupone lo que mencionamos anteriormente sobre la necesidad de construir un nuevo lugar para el analista. Ahora se le concibe en su totalidad, como sujeto de afectos que ya no se coloca simplemente como un refugio para las proyecciones transferenciales del paciente, ni como el sujeto del supuesto saber, el maestro descifrador de contenidos inconscientes, ni siquiera como receptor pasivo y supuestamente neutral de afectos dirigidos hacia él por estar en el lugar del otro, a través de la transferencia.

² Existen varias acepciones del término “tercero” en psicoanálisis. Como ejemplo, en el trabajo de Coelho Junior (2015), se presentan nueve “figuras de la terceridad” diferentes. Por lo tanto, es fundamental aclarar que nuestro trabajo no tiene como objetivo explorar las diversas teorías sobre la terceridad. Nuestra elección teórica se basa en autores que consideramos se acercan a nuestra concepción de la terceridad tal como la definimos en el presente artículo.

Insistimos en este punto fundamental: la clínica contemporánea exige que el analista se aparte del papel meramente interpretativo, del mero analista de la transferencia, y actúe como un constructor de significados en conjunto con el paciente, asumiéndose como objeto pero también como sujeto de esta relación. Esto implica que el analista presta su inconsciente, su cuerpo y sus afectos, ya que estos elementos participan directamente en el trabajo analítico, a través de la experiencia compartida del "sentir con", a través del vínculo y la presencia precisamente de lo que parece haber faltado en la experiencia objetal primaria de estos pacientes.

Este nuevo lugar del analista, por lo tanto, resulta en una nueva relación y una nueva experiencia transferencial. Este conjunto de elementos resulta en la construcción de este territorio/campo, de esta área analítica producida a partir de esta nueva forma de relación, que no se basa únicamente en la pareja analítica, sino en este complejo campo transferencial en el que posiblemente se pueden producir conexiones, simbolizaciones, nuevos significados o simplemente, y no lo afirmamos como si fuera poco, ofrecer al paciente una nueva experiencia de relación, acogimiento, reciprocidad y vínculo, ya que, como dijo Ferenczi, lo que cura es el afecto.

La aparición teórica y conceptual de este campo como tercer "elemento", entendido como un espacio y constituido en una especie de orden paradójica, como mencionamos anteriormente, está precedida, en nuestra opinión, por esta nueva y ampliada concepción de la clínica psicoanalítica inaugurada por Ferenczi. Para fundamentar esto, a continuación presentaremos algunas contribuciones teóricas y clínicas de otros autores que creemos que se ajustan a nuestra idea central en este artículo. Aunque existen diferencias conceptuales entre ellos, el terreno común que encontramos entre estos autores se refiere a al menos algunos de los siguientes aspectos que nos interesan: (I) la noción teórica de un tercero, entendida no solo como un simple elemento, sino como un proceso, un espacio, una zona, y fundamentada en una orden paradójica que trasciende la lógica dual o la síntesis dialéctica, así como sus elementos y la noción de conflicto; (II) la idea de que esta concepción teórica surge de la insuficiencia o inadecuación del marco teórico y clínico psicoanalítico clásico; (III) la afirmación de que el tercer elemento que forma esta orden paradójica se presenta en aspectos defensivos propios de situaciones de trauma y ruptura, aunque también se evidencia en el desarrollo normal; (IV) la noción de un trauma temprano, comúnmente relacionado con fallas del objeto como un determinante de la patología contemporánea, lo que subraya la importancia de la construcción de este campo fértil y paradójico de la terceridad en la situación analítica.

La teoría de Winnicott se ajusta a lo que estamos tratando de desarrollar en este trabajo. Su obra está marcada tanto por la noción de paradoja como por la idea de una especie de tercer elemento, que él define como un espacio. Nos estamos refiriendo a la noción de transicionalidad (2000). Sus conceptos de objeto, fenómeno y espacio transicional apuntan a la existencia

de un tercer elemento que constituye un espacio, un área intermedia creada en el “entre”, en un territorio que no es ni externo ni interno, sino, paradójicamente, ambos a la vez. Dentro del campo transicional que él propone, encontramos una serie de paradojas comunes al proceso de desarrollo en sí, que, por lo tanto, no deben ser resueltas, sino aceptadas y toleradas. Estas paradojas constituyen un área intermedia que establece los límites entre interno/externo, yo/no-yo. Estos límites no se forman como una línea fina entre estos elementos, sino como un espacio de transición que garantiza la idea de continuidad. Algunos ejemplos de paradojas propias del proceso de maduración encontradas en la obra de Winnicott incluyen la afirmación de que el objeto transicional es y no es el pecho; la definición de la capacidad de estar solo en presencia del otro (1983); la noción de ilusión (2000), según la cual el objeto debe ser encontrado para ser creado; o la idea de la primera posesión de un objeto no-yo, definido como un objeto que no está dentro del niño ni fuera de él, sino en un espacio utópico en el límite entre lo interno y lo externo, donde se encuentran procesos que no se pueden ubicar. Winnicott también considera el uso de defensas paradójicas que se presentan si el entorno no ha sido lo suficientemente bueno para asegurar una experiencia de ilusión, construcción de un espacio potencial y continuidad del ser. En este caso, el sujeto vive experiencias traumáticas de ruptura y discontinuidad que lo llevan a agonías impensables y al miedo del colapso (1994). En un intento de elaborar estas experiencias, el sujeto recurre a defensas paradójicas que promueven la suspensión de la oposición primario/secundario, interno/externo, estableciendo así una especie de puente por encima de las discontinuidades en un intento de abrir un espacio intermedio que pueda abarcar sus fenómenos psíquicos y garantizar una experiencia de continuidad del ser.

Otro autor que se ajusta a nuestra exposición es Thomas Ogden (1996), quien aborda la cuestión de la terceridad con el concepto de terceridad analítica. Antes de explorar sus complejas formulaciones sobre la terceridad, es necesario aclarar una aparente contradicción, lo que requerirá un cierto desvío. Coelho Junior (2015) sostiene que la teoría de la terceridad de Ogden se basa en la dialéctica, pero considera que la concepción filosófica que mejor respaldaría las ideas del autor sería la “dialéctica sin síntesis”.³ En efecto, a lo largo de su libro, Ogden reafirma repetidamente la dialéctica como fundamento de sus ideas. Nos aventuramos a afirmar que la tesis que sustenta

³ Es importante destacar que aunque esta concepción filosófica se atribuye a Merleau-Ponty, se originó en las ideas del filósofo Heráclito de Éfeso. Heráclito, considerado el padre de la dialéctica, afirmaba que la realidad tiene una pluralidad de opuestos que no están en conflicto, sino en una relación de complementariedad que les confiere una unidad básica (Marcondes, 2007).

su argumentación se basa precisamente en una propuesta dialéctica de la clínica, lo cual representa una ruptura con el modelo prevaeciente hasta entonces en el psicoanálisis, lo cual concuerda con lo que proponemos aquí.⁴ La “dialéctica sin síntesis” a la que se refiere Ogden en su teoría del tercer elemento analítico se basa en la obra de Hegel. A diferencia de la dialéctica clásica que se enfoca en la tesis-antítesis-síntesis, el enfoque de Ogden busca romper con la idea de síntesis. Esto se asemeja a la concepción de una “orden paradójica” que hemos formulado en este trabajo. Para comprender mejor esta “dialéctica sin síntesis” y su relación con la filosofía, se puede hacer referencia al término *Aufhebung* utilizado por Hegel, que resalta cómo su dialéctica rompe con cualquier intento de síntesis presentes en las concepciones dialécticas de la filosofía antigua.⁵ El término proviene del verbo alemán *Aufheben*, que posee tres significados: (I) cancelar, negar, anular; (II) preservar; (III) elevar a un nivel superior. La comprensión del significado al que se refiere el término depende del contexto en el que se utiliza. Sin embargo, en la obra de Hegel, este término abarca los tres sentidos simultáneamente. Es decir, la dialéctica hegeliana no es solo un método, sino la estructura de la cosa en su devenir: las cosas se constituyen dialécticamente a través de un proceso histórico, temporal y progresivo que conforma una especie de movimiento. En este proceso, las etapas sucesivas no anulan las anteriores, sino que las superan al mismo tiempo que reafirman su existencia, generando una transformación que incluye todos los estadios del proceso.⁶

4 En este sentido, Coelho Junior (2015) destaca que Ogden y muchos otros autores formularon sus teorías sobre la tercera entidad bajo la influencia de una visión intersubjetiva, principalmente promovida por exponentes de la escuela inglesa y sus seguidores, con el propósito de criticar las relaciones de objeto y el predominio de las relaciones duales inherentes a la llamada *two body psychology*, introduciendo así el concepto de tercero. Del mismo modo, las teorías de las relaciones objetales surgieron como una alternativa a la teoría clásica y solipsista, que se centraba en lo intrapsíquico, conocida como *one body psychology*.

5 Término de difícil traducción, generalmente se utiliza el neologismo ‘suprassunção’ como referencia en portugués.

6 Como ejemplo ilustrativo, comúnmente se utiliza el ejemplo del trigo que necesita (I) ser negado en su forma natural para convertirse en pan, (II) permanecer preservado, ya que es el pan, (III) elevarse/transformarse en una nueva forma, el pan.

O propio Ogden (1996) aborda la definición de *Aufhebung* según Hyppolite: es un término de la dialéctica de Hegel que significa simultáneamente negar, suprimir y conservar, y fundamentalmente elevar - pero lo hace a partir del uso del término por Freud en "La negación" (Freud, 1925). Ogden considera que Freud propone una interpretación dialéctica a partir de la postulación de la noción de *Verneinung* (negación). Aunque no podemos afirmar esto, en nuestra opinión, es más probable que Freud haya utilizado el término alemán en el sentido de cancelación/negación. Sin embargo, estamos de acuerdo con Ogden en que la noción de negación acuñada por Freud sin duda conlleva una dimensión dialéctica, pero creemos que lo hace de manera muy específica: afirmando algo a partir de su negación, lo que no encaja completamente en la lógica hegeliana del término, ya que no incluye el significado de elevarse/aumentar a otro nivel o producir una transformación. De todos modos, aunque podemos afirmar categóricamente la naturaleza innovadora y disruptiva de su obra, esto no libera a Freud de la centralidad de un pensamiento lineal y dualista como hilo conductor de su producción, como señala el propio Ogden (1996) al afirmar que Freud lucha "contra las limitaciones de la linealidad de pensamiento exigida por las nociones positivistas de causalidad" (p.13). Sin embargo, a continuación, comenta que "los ejemplos de cómo Freud intenta formular sus ideas en términos lineales, diacrónicos, son numerosos y se extienden por toda su obra" (p.13). Complementa el argumento citando algunos ejemplos en los que el autor intentó promover una progresión: del inconsciente a la conciencia; del principio de placer al principio de realidad; del Ello al Yo; del proceso primario al proceso secundario. La crítica de Ogden al respecto reconstruye la idea lineal de progreso y reafirma la lógica paradójica y dialéctica propia de la "suprassunção", como se observa en su afirmación:

La linealidad del pensamiento oscurece lo que creo que es la naturaleza radical del proyecto psicoanalítico, es decir, la noción de que el sujeto (...) puede ser conceptualizado como el resultado de un proceso continuo en el cual (...) es simultáneamente constituido y descentralizado de sí mismo a través de la negación y la preservación de la interrelación dialéctica entre la conciencia y el inconsciente (1996, p.13).

Hay varios pasajes que evidencian la cercanía de sus ideas a lo que llamamos "paradoja", a través de la expresión "orden paradójico". La construcción del propio texto utiliza una serie de recursos que apuntan directa o

indirectamente a esta postura, como vemos en la analogía que establece entre el analista-analizado y el escritor-lector, afirmando que lo que sucede entre estos dos sujetos no se trata de ventriloquia, sino de un evento humano complejo. Luego afirma que se crea un tercer sujeto en la experiencia de la lectura, un sujeto que no se reduce ni al escritor ni al lector. La creación de este tercer sujeto sería la esencia de la experiencia de lectura, al igual que el núcleo de la experiencia psicoanalítica.⁷ Más adelante, Ogden reafirma la complejidad y el carácter dialéctico en el sentido hegeliano que ya hemos examinado y, por lo tanto, también histórico, de la experiencia de lectura y, de manera análoga, del análisis. Afirma que el escritor y el lector no se crean mutuamente de manera ahistórica: «El presente en el que surge el tercer sujeto no es simplemente el momento actual, sino el «momento presente del pasado» (...) que (el pasado) habla a través de nosotros tanto como hablamos a través del otro” (1996, p.2). Más adelante, dice que el lector transformará lo que lee en algo que ya no son las palabras que había leído. Expresando esta idea en términos de la experiencia analítica, afirma que (1996):

Los sujetos del análisis... mantienen una relación dialéctica entre sí. De los elementos de la dialéctica entre sujeto y objeto comienza a emerger un nuevo conjunto que... se revela como una nueva fuente de tensión dialéctica. El proceso analítico que crea al analista y al analizante es un proceso en el cual el analizante no es simplemente el sujeto de la investigación analítica... (p.2)

El autor continúa desarrollando su argumento al destacar que el analista no es solo un observador subjetivo de este proceso, ya que su experiencia subjetiva también forma parte de este esfuerzo y representa la única vía posible para comprender lo que se está intentando entender. A modo de conclusión, Ogden (1996) resume su idea de que

El psicoanálisis puede ser concebido como un esfuerzo por experimentar, comprender y describir la naturaleza cambiante de la dialéctica generada por la creación y negación del analista por parte del analizado y del analizante por parte del analista (...). La tensión dialéctica generada por esta negación y reconocimiento creativos no constituye una cuestión a responder, un enigma a resolver (...), no tiene una respuesta (p.5).

7 El autor comienza el texto advirtiéndonos que su propuesta se refiere a un tercero que se forma a partir de los dos elementos iniciales, pero que no los borra ni se cierra en ellos, sino que produce una tercera entidad que no es idéntica a ellos, sino algo nuevo que surge de ellos. Hay varios pasajes en los que esta idea es evidente, pero aquí solo mencionamos algunos para respaldar nuestro argumento.

Ahora que hemos establecido que la dialéctica utilizada por Ogden (1996) se alinea con la tesis que estamos proponiendo aquí, podemos proceder a un breve examen de su conceptualización del tercer analítico intersubjetivo,⁸ denominación que reafirma su afiliación a los teóricos de la intersubjetividad. Al explorar las formulaciones del autor sobre este concepto, se hace evidente cuánto su concepción de un psicoanálisis contemporáneo difiere de manera contundente del psicoanálisis clásico freudiano. En su texto, encontramos la consideración de que el pensamiento psicoanalítico contemporáneo ya no se ocupa de las dinámicas intrapsíquicas ni de la idea de que el analista es una pizarra en blanco y un receptor pasivo de las proyecciones del analizante. Por el contrario, ha evolucionado hasta el punto en que ya no se puede considerar al 'analista y al analizante como sujetos separados que se toman mutuamente como objetos' (1996, p.58). La desarticulación de la comprensión solipsista e intrapsíquica y de una comprensión clásica de la relación transferencial se evidencia a través de la propuesta de una nueva concepción basada en la dialéctica intersubjetivista. Esto abarca las subjetividades del analista y el analizante, y un campo que se forma como un tercero a partir de su interacción, reafirmando como un orden paradójico en la medida en que se constituye a través de la experiencia dialéctica de estar simultáneamente en el terreno de las subjetividades del par analista/ analizante y en el campo de la intersubjetividad engendrado por ellas, es decir, el tercer analítico. De esta manera, la intersubjetividad y las subjetividades individuales del analista y el analizante crean, niegan y preservan unas a otras. Hay un movimiento dialéctico de subjetividad e intersubjetividad en la situación analítica, y ambas constituyen el tercer analítico. Según el autor, el proceso analítico refleja la interrelación de tres subjetividades: la del analista, la del analizante y la del tercer analítico, que consiste en una creación del analista y el analizante al mismo tiempo que ambos son creados por el tercer analítico. En este sentido, no hay analizante, analista o incluso análisis en ausencia del tercer elemento, ni tercer elemento sin análisis. Para Ogden (1996), la propia experiencia analítica ocurre dentro del tercer analítico, es decir, es producida por él. Esto significa que lo constituye y, dialécticamente, también es constituido por él. La "experiencia analítica ocurre en el vértice del pasado y el presente e involucra un 'pasado' que está siendo recreado... a través de una experiencia producida entre el analista y el analizante (es decir, dentro del tercer analítico) (p.72)."

8 La expresión 'tercero analítico intersubjetivo', comúnmente utilizada de manera abreviada, es mencionada por el autor en una nota a pie de página en la página 60, donde proporciona una aclaración importante: su concepto innovador no tiene ninguna relación con el tercer elemento edípico/simbólico.

Ahora pasaremos a algunos aspectos relacionados con el tercer analítico que evidencian el quiebre mencionado anteriormente con el psicoanálisis clásico. La creación del tercer analítico se realiza conjuntamente e involucra la historia personal y la constitución psicósomática del analizante y del analista. Por lo tanto, ningún sentimiento, pensamiento o sensación puede considerarse estrictamente personal, ya que todo lo que ocurre en la experiencia analítica es creado o al menos modificado por el tercer analítico, y no permanece como era fuera de ese contexto. Lo personal, definido por el autor como lo individualmente subjetivo, se ve alterado por la experiencia del tercer analítico. Por otro lado, en el psicoanálisis clásico, el analista debía superar o apartar su actividad psicológica personal para centrar su atención en el analizante. Ogden (1996) critica esto y afirma que una concepción de la experiencia del analista que descarta estos hechos clínicos personales lo lleva a ignorar o reducir gran parte de su experiencia con el analizante y concluye: "si queremos ser analistas en el sentido completo, debemos intentar conscientemente hacer que incluso este aspecto de nosotros mismos participe en el proceso analítico" (p.79).

Esta consideración reconoce una nueva posición para el analista, como ya lo hizo Ferenczi, negándole una posición de neutralidad y colocándolo como parte esencial del proceso analítico. Al estar subjetivamente implicado, el analista tiene una presencia activa y forma parte integral del trabajo analítico, con su capacidad para pensar pensamientos, sus sentimientos e incluso sus sensaciones corporales, siendo una parte constitutiva del tercer analítico. Esta posición va más allá de la idea del papel del analista como mero decodificador de la relación transferencial y contratransferencial; esta última relacionada con lo que el paciente le suscita y el contenido del análisis. Con respecto a este aspecto, Ogden afirma: 'Creo que el uso del término contratransferencia para referirse a todo lo que el analista piensa, siente y experimenta sensorialmente oscurece la simultaneidad de la dialéctica de la subjetividad individual y la intersubjetividad' (1996, p.70). Este enfoque consistiría en una especie de reafirmación de la individualidad y del subjetivismo sobre la intersubjetividad propia del tercer analítico. El analista permanecería en un lugar de supuesta neutralidad. Sin embargo, en la medida en que consideramos el concepto del tercer analítico, ninguno de los polos de la dialéctica existe de manera pura, es decir, el analista y el analizante no se presentan como entidades separadas, sino como creaciones de la intersubjetividad analítica. Por lo tanto, en contraposición a la técnica clásica, Ogden

considera que no es tarea del analista desentrañar los elementos constitutivos de la relación en un esfuerzo por determinar las cualidades de cada individuo, el analista y el analizante. Más bien, la tarea analítica que propone implica intentar examinar la experiencia de la interrelación dialéctica de las subjetividades y la intersubjetividad que constituyen el tercer analítico en beneficio del trabajo analítico.⁹

Aunque Ogden no se refiera al 'tercero analítico' como un espacio, área o campo, afirma que este se forma a partir de dos elementos que le anteceden, sin borrarlos, manteniendo características paradójicas y representando una ampliación de lo 'analítico'. Lo 'analítico' se entiende como un lugar no localizable que abarca todo lo que sucede en el contexto analítico y lo engendra, al mismo tiempo que es engendrado por él, incluyendo los pensamientos, sentimientos y sensaciones del paciente, el analista y el 'tercero analítico'. De esta manera, propone un cambio en la dinámica dual propia del psicoanálisis clásico, ofreciendo una perspectiva que arroja luz sobre la clínica contemporánea.

No podemos dejar de mencionar a André Green, otro autor importante cuyo trabajo presenta conceptos teóricos que sugieren la existencia de un tercer elemento, como se observa en las nociones de 'terceridad', 'proceso terciario' y en su 'teoría de triangulación generalizada a un sujeto sustituible'. Sin embargo, somos bastante críticos con su teorización sobre el tercero, ya que se basa en gran medida en la metapsicología y en la simbolización, y en este sentido, nos parece más limitada y menos innovadora que la propuesta de Ogden. El desarrollo de sus formulaciones sobre el tercero parece derivar de dos factores.

El primero se refiere a la crítica de cierta disminución del valor de las triangulaciones edípicas, que atribuye principalmente al crecimiento de los estudios psicoanalíticos de las relaciones pregenitales/preobjetales. Según él, la comunidad psicoanalítica, influenciada especialmente por los métodos de observación madre-bebé de Mahler, habría enfatizado este momento

9 En el capítulo sobre el tercero analítico, Ogden (1996) utiliza dos viñetas clínicas para ejemplificar cómo se manifiesta el tercer analítico en la práctica clínica y cómo puede ser utilizado en el trabajo de análisis. El autor comparte experiencias personales, sentimientos y sensaciones que formaron parte del tercero analítico en estos dos casos y explica cómo utilizó este material en el análisis de dichos pacientes.

dual, previo a la relación objetal triangular edípica, poniendo énfasis en las angustias de separación e intrusión relacionadas con el período pre-objetal, y dejando de lado el complejo edípico y su correspondiente angustia de castración.¹⁰ Aunque Green (2008) afirma reconocer la importancia de los estudios sobre la fase pregenital, considera una ilusión afirmar que el padre, como tercero, no participe en los procesos psíquicos en esta etapa. El autor nos parece incluso hasta resentido por el hecho de que el padre y la función paterna hayan sido relegados a un segundo plano, y no admite la posibilidad de que el padre esté ausente como tercero en la relación entre la madre y el bebé. Atribuye a Lacan el gran mérito de haber restablecido la importancia de la función paterna, no solo en las neurosis, sino en todas las patologías: "Siguiendo las reflexiones de Lacan, me sentí conmovido por la idea de que las relaciones triangulares habían sido descuidadas y arbitrariamente limitadas al complejo de Edipo. Mucho más que una función, era una metáfora paterna" (p.230). Green parte, entonces, del rescate del tercero, inicialmente a través del complejo de Edipo, para promover una expansión de la idea del tercero en la triangulación, esta vez no limitada al complejo edípico. Así, el autor se aleja, aunque no completamente, de la concepción freudiana clásica de la triangulación. Para recuperar el tercero en la triangulación y escapar supuestamente de la limitación edípica, Green propone la idea de que incluso en la relación madre-bebé, el padre se hace presente, si no como persona, al menos como una presencia en la psique materna. De ahí proviene su teoría de la triangulación generalizada a un tercero sustituible, según la cual no necesariamente el padre constituirá el tercero de la relación triangular, ya que este lugar puede ser ocupado por cualquier objeto que se convierta en el otro del objeto (2008). Esto implica una relación ternaria formada por el sujeto, el objeto y el otro del objeto, donde este último puede variar a través de un desplazamiento, pero manteniendo la estructura triangular. El segundo factor que seguramente contribuyó a que Green se adentrara en la conceptualización de la terceridad y con el que concordamos, consiste en una crítica al dualismo freudiano, marcado por una oposición binaria. Con excepción del complejo de Edipo y las teorías de las instancias, en las que la terceridad se manifiesta de manera clara e ineludible (2008, p.232):

10 Nos parece que la crítica de Green hacia las relaciones pregenitales duales y su intento de rescatar un tercero, aunque no necesariamente edípico, sino que garantizaría el proceso de triangulación, se refiere a lo que Coelho Junior (2015) afirmó sobre el surgimiento de las teorías de la terceridad en el psicoanálisis como una respuesta crítica a lo que se conoce como la psicología de los 'dos cuerpos', mencionada anteriormente.

En la estructura general de los elementos de la teoría freudiana, se observa que la dualidad es la regla: dualismo pulsional, pares de opuestos, represión primaria y secundaria, entre otros. No se podría terminar de enumerar la cantidad de nociones fundamentales que se presentan en pares y que están impregnadas de relaciones de antagonismo en una dialéctica sutil.

Alineado con la postura crítica que buscó enfrentar a *two body psychology*, como mencionamos anteriormente, Green (2008) infiere que cuando se alcanza un cierto grado de complejidad, la dualidad parece volverse insuficiente para dar cuenta de las relaciones, lo que lleva a la necesidad de recurrir a las relaciones tríadicas. Curiosamente, en su desarrollo de la terceridad, Green, que primero reconoció en Lacan un salvavidas para el rescate del tercero a través de las nociones de función y metáfora paterna, luego intenta deshacerse de él, enredándose en una trama tejida por sí mismo. Buscando escapar de lo que considera el encierro al que Lacan nos había sometido, refiriéndose a la concepción lacaniana del lenguaje solo como un sistema de representación de la palabra, recurre a la obra del filósofo Charles S. Peirce, quien incluyó la representación de la cosa a través de una articulación entre el lenguaje y la semiótica. Así, la contribución de Peirce llevó a Green a su concepción de la terceridad. Esto quizás se deba en parte al hecho de que la propia teoría de Peirce se basa en una lógica terciaria. Para él, el lenguaje se refiere a cualquier fenómeno que traduzca una cosa en otra cosa a través de una más, que busca vincular las dos anteriores. Su concepción de la semiosis consta de tres categorías: (I) la primeridad, formada por la calidad perceptiva o la sensación, se refiere a lo que aún no tiene referencia, el fenómeno en sí, antes de que sea percibido; (II) la secundidad, que implica respuesta, reacción, corresponde a la percepción, consiste en la constatación del origen de una sensación y de lo que la motivó; y (III) la terceridad, que es la representación, es lo que relaciona el fenómeno de la secundidad con el de la primeridad, es lo que permite generalizar el fenómeno percibido. Entonces, traduciendo su compleja teoría en términos semióticos, 'la terceridad es lo que trae la primeridad (...) a la interacción con la secundidad (...) una interacción realizada a través del pensamiento y su capacidad para establecer leyes y generalizaciones, es decir, la acción del signo, su fuerza interpretativa (la terceridad)' (Coelho Junior, 2015, p.188).

Observamos que las influencias de Lacan y Peirce en el pensamiento de Green sobre el tercero limitan en gran medida su teoría de la terceridad al ámbito de la simbolización. La producción de un tercero para Green se origina en los límites de la dualidad y constituye el fundamento de la actividad simbólica, estando relacionada con el sistema representacional basado en el signo como representante de un fenómeno, lo que nos lleva a concebirlo simbólicamente, pero con énfasis en la lógica tríadica. El autor explica que el símbolo se define como un objeto cortado en dos, cuyos portadores pueden unir ambas partes, pero afirma que de hecho hay tres objetos: las dos piezas separadas y el objeto correspondiente a la unión de ambas, que constituye el tercero (Green, 2008). Al aplicar estas ideas a la situación analítica, afirma que los obstáculos de la relación dual analista-analizante terminan limitando

los intercambios en una circularidad sin salida y deja en claro que solo la producción de un tercero construye el fundamento para la actividad simbólica: "En la sesión, el objeto analítico es como este tercero, producto de la reunión de aquellos constituidos por el analizante y el analista" (p.231). Así fundamenta la idea del proceso terciario, que constituye un proceso de conexión entre los procesos primarios y secundarios. El proceso terciario sería responsable de promover la simbolización en el contexto analítico: "Si los procesos terciarios no existieran, no habría análisis. Lo que significa que si no hubiera mecanismos de conexión entre los procesos primarios y secundarios, no veo cómo podría llevarse a cabo su integración" (Green, 1990, p.36). Esta conexión de la que habla Green está en el corazón de su compleja teoría de la representación, que no abordaremos aquí. Pero deseamos destacar su idea de que es a través de la conexión promovida por el proceso terciario que los contenidos del proceso primario se convierten en palabras y se integran en la cadena del lenguaje, vinculándose así al proceso secundario.

La preocupación de Green por los procesos de simbolización cobra sentido si consideramos sus investigaciones sobre los estados límite, ante los cuales afirma que el analista no puede quedarse pasivo: debe restablecer activamente los vínculos atacados por el pensamiento del paciente, construyendo el *setting* como un espacio que busca transgredir la separación entre elementos, pero, paradójicamente, también establece contornos, como propone el concepto winnicottiano del *holding* o la noción bioniana del continente. Aunque se enfoca en la cuestión de la simbolización, Green amplía la función del analista en el proceso de simbolización, que ya no sería exclusiva del paciente, sino el resultado de modificaciones que presuponen la presencia del cuerpo, el afecto y otros medios de escucha que van más allá de la escucha en sí, que revela lo que ocurre en el *setting* más allá de la representación de palabras.

En este contexto, propone que el analista debe tener oídos más sensibles a lo arcaico y adentrarse en ello. Esto implica un retorno a lo que él define como el "contacto primitivo", es decir, rescatar la comunicación cuerpo a cuerpo que se dejó de lado cuando se estableció que la comunicación a través de palabras era más apropiada. En este sentido, Green retoma la idea laciana de la "palabra como homicidio de la cosa", según la cual es a través de la renuncia a una comunicación corporal que se establece la comunicación verbal, lo que resulta en un proceso de duelo inexorable en la constitución de la palabra. Por lo tanto, el discurso analítico se compone de un proceso de duelo que proviene del nacimiento de la palabra, un proceso que, según Green, no debemos completar, sino más bien reiterar. Es precisamente por esto que el discurso analítico es necesariamente una "palabra pulsionalizada", es una "habla corporalizada", y por esta razón, podemos afirmar que el cuerpo y la palabra coexisten y se articulan en el proceso analítico.

De esta manera, vemos que Green recurre nuevamente a Lacan, pero precisamente en lo que se refiere a la inclusión de la representación de la cosa que buscaba en Peirce. En su opinión, la representación de palabras no abarca toda la gama de procesos que ocurren en el *setting*, por lo que es necesario incluir otros modos de representación, más allá de las palabras. La idea lacaniana de que la palabra es el "homicidio de la cosa" denuncia que lo simbólico es incapaz de dar cuenta de lo real, afirmando su limitación y, por lo tanto, la existencia de un resto, no simbólico, innombrable, no circunscrito en la representación de palabras, pero que se presenta en la escena analítica como un resto por simbolizar.

Así, a pesar de ser fiel a las influencias de la metapsicología freudiana y a la herencia lacaniana que no logra superar completamente, Green desarrolla su metapsicología de los límites, yendo más allá de sus predecesores y proponiendo nuevas perspectivas en la clínica de los estados límite. Su concepto de terceridad y proceso terciario parte, entonces, de un lugar de gran proximidad a la metapsicología freudiana para alejarse gradualmente de ella, inicialmente a través de la conceptualización de una terceridad que intenta abordar lo que la dualidad freudiana no podía. En este movimiento, incluye la idea de un proceso terciario que abarca los procesos primarios y secundarios, pero no se reduce a ellos, sino que realiza un trabajo de conexión esencial que, según él, es una condición *sine qua non* para el proceso analítico. En este sentido, sus ideas refuerzan nuestra propuesta de considerar la necesidad de construir algo adicional en la clínica, un tercero que vaya más allá de los elementos primarios a partir de los cuales se constituye. Su enfoque en la simbolización, relacionado con la clínica de los estados límite, destaca otro aspecto que deseamos resaltar: el aspecto paradójico que encontramos en sus formulaciones, especialmente representado por la idea previamente discutida de la dinámica de presencia-ausencia.

Al igual que Green, a través de una relectura de la obra freudiana, Kaës (2011) encuentra referencias al tercero, al que denomina "intermediario", definido como aquel que permite superar la separación entre dos espacios y destaca las nociones de preconsciente, ego, síntoma, para-excitación y formación de compromiso. La categoría del intermediario que propone es un proceso de reducción de oposiciones, que pone fin al conflicto y cumple una función de conexión. Los procesos intermedios expresan una nueva forma de concebir las relaciones entre continuidad y ruptura, permanencia y transformación, y se refieren al "entre", a lo que conecta, que actúa como puente, que no está ni aquí ni allá, pero tampoco es el medio. Constituye así una articulación que surge, sobre todo a partir de la noción de intersubjetividad y muestra su riqueza y pertinencia solo a partir de "un dispositivo derivado (...) del tratamiento psicoanalítico individual (...), en el que aparecen con más facilidad las articulaciones entre el espacio intrapsíquico, (...) pluripsíquico, intersubjetivo, colectivo, social y cultural" (p.12), lo que, según él, Freud no pudo desarrollar.

Al referirse a los estados límite y llamar la atención sobre las fallas en los sistemas de conexión, afirma que se trata de las "patologías del vínculo intersubjetivo", del narcisismo, de lo originario y de la simbolización primaria, y

propone además la expresión “patologías de los procesos intermedios” para referirse a ellos. Desde el punto de vista clínico, respalda la importancia analítica del vínculo y la construcción de un espacio intersubjetivo en el análisis, precisamente lo que parece haber fallado en la constitución narcisista de estos casos debido a fallas desestructurantes del objeto. Así, el analista actuaría como mediador, que no es el objeto, sino una función simbolizante que promueve el restablecimiento de las continuidades psíquicas, a partir de lo que denomina “análisis transicional”, término que pone de manifiesto su linaje con la teoría winnicottiana. Este tipo de análisis y el papel del analista son condiciones para superar experiencias previas de ruptura y trauma, que llevaron al fracaso de las formaciones intermedias mencionadas anteriormente. La paradoja aquí radica en la necesidad de construir al intermediario precisamente debido a su fracaso, es decir, el análisis transicional, definido como un espacio por el mero uso de este término, se constituye a partir de una dimensión de ruptura para promover su superación, para establecer las formaciones intermedias que no se han formado adecuadamente en estos analizados. Con esta comprensión, Kaës pasa de una concepción traumática de algo que no se ha dado adecuadamente a una comprensión elaborativa y creativa del tercer elemento, aquí denominado intermediario.

Roussillon, por su parte, hace referencia a las ‘bases metapsicológicas de la paradojalidad y la comunicación paradójica’, que resultarían de situaciones traumáticas debido a fallas ambientales, subrayando, por lo tanto, su aspecto negativo. Cita como ejemplo radical de procesos psíquicos paradójicos la psicosis y la locura. Entre las experiencias paradójicas que describe, encontramos: (I) una temprana comunicación cuerpo a cuerpo de carácter sobreestimulante a través de un dispositivo psíquico incipiente; (II) la simultaneidad de mensajes incompatibles entre sí; (III) una brecha entre lo verbal y lo corporal que excede la capacidad de conexión del yo; (IV) la experiencia de que sus necesidades y pulsiones son alternativamente sobreestimuladas y frustradas, lo que produce una sobrecarga de excitaciones desorganizadas; (V) el cambio repetido e impredecible del estado de ánimo del objeto sin causa aparente, lo que actuaría sobre la confiabilidad de la relación, constituyendo una comunicación enloquecedora; (VI) un afecto desorganizado que oscila entre el amor y el odio y bloquea la constitución de la ambivalencia, fundando la figura de un amor destructivo.

Todas estas experiencias tienen como efecto un perjuicio en el ensamblaje pulsional, constituyendo una fuerza de desvinculación entre las conexiones psíquicas, los afectos y las representaciones. De esta manera, los procesos secundarios son subvertidos por los primarios, lo que resulta en una desorganización pulsional y afectiva que impide una regulación económica estable. En este contexto, hay una experiencia traumática permanente, propia de un funcionamiento psíquico atípico, marcado por la opresión del pre-consciente, fallas en la para-excitación y aniquilación del yo y su capacidad organizadora, es decir, el fracaso de los elementos intermedios propios del funcionamiento normal.

Conclusiones

Desde una descripción de la clínica contemporánea, hemos destacado a lo largo de este trabajo la insuficiencia del modelo clínico freudiano de las psiconeurosis, así como de su metapsicología, para la atención y comprensión teórica de los llamados nuevos casos. Los analistas contemporáneos, enfrentados al desafío de tratar a pacientes que no encajan en la nosografía freudiana de las psiconeurosis, han tenido que recurrir a las contribuciones de autores posfreudianos que han propuesto cambios significativos tanto en el ámbito clínico como teórico para respaldar su práctica.

En este trabajo, hemos intentado mostrar que el modelo freudiano dualista basado en el conflicto resultó insuficiente para el tratamiento de pacientes difíciles. Esto llevó a innovaciones clínicas y teóricas fundamentales. Nuestro objetivo principal fue investigar algo a lo que nuestras investigaciones apuntaban: la conceptualización de un nuevo campo analítico no basado en la dualidad, en la idea de conflicto, progresión o síntesis. Este campo se forma como un tercero, un espacio, área o territorio, fundamentado en elementos anteriores, en una especie de orden paradójico que no implica la superación de fases ni la elección de un solo camino, sino que es el producto de una serie de procesos que ocurren en ese campo, otorgándole complejidad y contornos tridimensionales.

Para ello, abordamos las contribuciones de autores específicos y sus teorías sobre el tercero, especialmente aquellos que nuestra investigación mostró que estaban en consonancia con la idea que sostenemos. A través de su adhesión a al menos algunos de los aspectos que observamos, destacamos: la noción teórica de un tercero tal como lo concebimos; la idea de la insuficiencia o inadecuación del marco teórico-clínico psicoanalítico clásico; la afirmación de que el tercero se manifiesta en aspectos defensivos propios de situaciones de trauma y ruptura, aunque también se evidencia en el desarrollo considerado normal; la relación del tercero con la noción de trauma temprano debido a fallas del objeto como determinante de una patología contemporánea. También vimos cómo los aportes teóricos sobre el tercero están estrechamente relacionados con la experiencia clínica y cómo los nuevos casos han suscitado la necesidad de cambios técnicos significativos, lo que demuestra la inadecuación del modelo clásico freudiano.

Creemos que todavía hay mucho por investigar sobre el tema de la terceridad en psicoanálisis, que de ninguna manera hemos agotado. Nos interesa, sobre todo, buscar alternativas para comprender el modelo representacional basado en la idea de simbolización. También inferimos que el tercero tal como lo concebimos, como algunos autores citados aquí indicaron, no se limita a la clínica de lo traumático, sino que se manifiesta en el contexto analítico en general, incluso en casos en los que no estamos tratando con lo que la lógica normativa considera pacientes difíciles o estados límite. Quizás sea fructífero universalizar la idea del tercero y, ciertamente, los cambios técnicos abordados en este trabajo para la clínica en general, considerando las limitaciones inevitables de la simbolización y la implicación del analista como persona en una relación horizontal, mutua y afectiva. Esto configura una nueva ética para el psicoanálisis, que defendemos y a la cual dedicamos nuestros esfuerzos.

Referencias Bibliográficas

- Coelho Junior, Nelson Ernesto (2015). *Figuras da terceiridade na psicanálise contemporânea: suas origens e seus destinos* Cad. Psicanálise – CPRJ. Rio de Janeiro. v. 37, n.32.
- Ferenczi, Sandor. (2011) *Obras Completas*. São Paulo: Martins Fontes.
- Freud, S. (1923/1996) *O Ego e o Id*. In: Freud, ESB, vol. XIX. Rio de Janeiro: Imago.
- _____. *A negativa* (1925/1996). In: Freud, ESB, vol. XIX. Rio de Janeiro: Imago.
- Gondar, Jô; Canavez, Fernanda. (2022). *O desvio como método* In: Gondar, Jô; Schueler Reis, Eliana. *Com Ferenczi: o coletivo na clínica, racismo, fragmentações, trânsitos*. São Paulo: Zagodoni.
- Green, André. (1990) *Conferências brasileiras de André Green: metapsicologia dos limites* Rio de Janeiro: Imago.
- _____. (2008) *Configurações da condição do terceiro (terceiridade)*. In: Green, A. *Orientações para uma psicanálise contemporânea*. Rio de Janeiro: Imago.
- Japiassú, Hilton; Marcondes, Danilo. (2008). *Dicionário básico de filosofia* 5a ed. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Kaës, René. (2011). *Os Espaços Psíquicos Comuns e Partilhados: Transmissão e Negatividade* São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Ogden, Thomas. (1996). *Os sujeitos da psicanálise*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Roussillon, René. (1999) *Agonie, clivage et symbolisation* Paris: PUF.
- _____. (2013) *Comentários de René Roussillon*. In: Savietto, Bianca Bergamo; Figueiredo, Luís Claudio; Souza, Octavio (Orgs.). *Elasticidade e limite na clínica contemporânea*. São Paulo: Escuta.
- Winnicott, Donald Woods (1958/1983) *O Ambiente e os Processos de Maturação*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- _____. (1958/2000) *Da Pediatria à Psicanálise: obras escolhidas*. Rio de Janeiro: Imago.
- _____. (org) (1989/1994) *Explorações Psicanalíticas*. Porto Alegre: Artmed.